

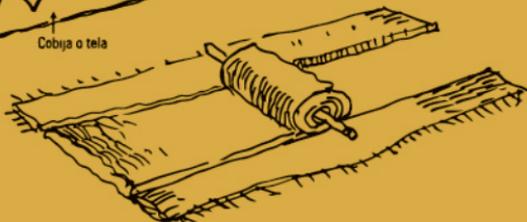


NO ACULTURADOS

Glauber Rocha
José María Arguedas
José Martí
Aimé Césaire
José Roberto Duque



Cobija o tela



República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana



Las palabras del Comandante Chávez “Hoy tenemos Patria”, nos dicen y nos seguirán diciendo que hemos vencido la imposición del destierro y la alienación. Patria o Matria para nosotros significa refundación, reconocimiento y pertenencia. Hace 15 años las generaciones más jóvenes estaban hambrientas, perseguidas o idiotizadas. Hoy las juventudes venezolanas se pronuncian y se mueven en diversidades activas, manifiestas, con rostro propio. Hoy deseamos y podemos vivir luchando por mejorar y profundizar nuestro anclaje a esta tierra venezolana. Hoy la política no es tabú o territorio tecnócrata. Hoy la participación es ley y movimiento continuo.

Para defender lo avanzado en estos años de Revolución Bolivariana es impostergable que sigamos fortaleciendo nuestra consciencia y nuestro espíritu en rebeldía. La lectura nos ayuda a comprendernos desde múltiples espacios, tiempos y corazones, nos da un necesario empujón para pensar-nos con cabeza propia en diálogo con voces distintas.

Leamos pues y escribamos nuestra historia. Leamos y activemos la reflexión colectiva que emancipa, seamos capaces de empuñar las ideas y transformar-nos con palabras y obras.

Decía Martí que no hay igualdad social posible sin igualdad cultural, esta es una verdad luminosa que nos habla de la necesidad de alcanzar una cultura del *nosotros histórico*, que nos una en la inteligencia, el pecho y los sentidos hacia la Patria Nueva, hacia la afirmación de la vida en común, para todos y todas.

Leamos y escribamos, que de ello se nutrirán muchos más de los nuestros y seguiremos creciendo, pues con todos y todas sumando, no será en vano la larga lucha de los pueblos hacia su emancipación definitiva.

**¡Vivan los poderes
creadores del Pueblo!**

¡Chávez Vive!





NO ACULTURADOS

GLAUBER ROCHA (Brasil)

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS (Perú)

JOSÉ MARTÍ (Cuba)

AIMÉ CÉSAIRE (Martinica)

JOSÉ ROBERTO DUQUE (Venezuela)

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2015
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

comunicaciones@fepr.gob.ve
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve/mppc/

Ilustraciones: © Fruto Vivas

Impresión: 2015
Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf4022015300216
ISBN 978-980-14-2940-1

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

DESACULTURÉMONOS

En las escuelas y liceos se nos ha enseñado o se nos ha dicho que la Colonia es un “período histórico” que en Venezuela inicia cuando los invasores (hay quienes aún les llaman conquistadores) pudieron establecer sus sociedades en el país, luego de la “derrota del indio”, con el trabajo de indígenas y africanos esclavizados hicieron de su sistema económico la base de una cultura que en trescientos años se estancó con respecto a la energía de su origen: Europa.

Esta reducción ignora la resistencia continua de indígenas y cimarrones que en tiempos recientes hemos comenzado a conocer. Se toma conciencia de que esa sigue siendo la fuerza del continente nuestroamericano.

Sabemos ahora, es decir, se dice por todos lados en nuestro país, que la dominación cultural continúa, aunque la económica y política la estemos superando continuamente. Heredamos taras que dificultan la manifestación de nuestros rasgos ancestrales, cultura y ciencia.

Esa aculturación se expresa en la tecnología, en las relaciones sociales, en las costumbres.

No se trata de abanderar nuestras luchas con una falsa bandera que quiera proclamar la regresión a unas circunstancias de vida imposibles a estas alturas, que nieguen la historia que fue, el idioma y los aspectos menos negativos, por no decir buenos, del intercambio entre aquellos dos mundos, aunque este se haya basado en la imposición. Somos un pueblo hecho de muchos pueblos.

Esta aparente contradicción de identidades tenemos que foguearla con la potencia que heredamos de nuestros ancestros primeros, con las caras más ocultas o profundas de la colonización que nos determina todavía. En este libro agrupamos cinco textos oportunos a ese interés. Escritos en distintas épocas y desde diversos ángulos y visiones, dan carácter, tamaño y color al fenómeno.



Se retrata el colonialismo europeo, burgués y al otro imperialismo, el yanqui depredador de lo que ignora y desprecia, al mismo tiempo que aprovecha.

Se declara el poder que mantenemos, en la búsqueda y defensa de una cultura propia y de equilibrio.

Se dibuja la estructura y se traza un sentido amoroso a la integración latinocaribeña.

Se propone una estética dentro de esa lucha.

Se pinta un recuerdo que alumbra sobre las tareas que permanecen.

Que vivan estas voces y estos mensajes, para que la pregunta por el quiénes somos se acreciente y se ubique en el espacio y el tiempo que merecen.

JOEL ROJAS C.



GLAUBER ROCHA

Nació en 1939 en Brasil, es uno de los más importantes cineastas y críticos de cine latinoamericano, sus películas forman parte del Cinema Novo, movimiento que en Brasil propone la realización de un cine no alienado, que promovió en todo el país una creación auténtica y nutrida de la cultura y las circunstancias propias del tiempo histórico que lo generó.

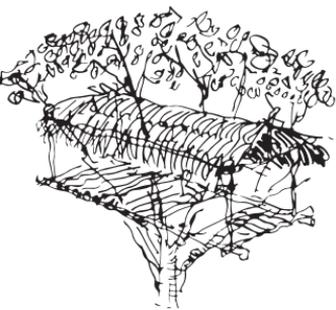
Las películas de Rocha proponen la agitación de las nociones y patrones culturales marcados en el público por la acción del colonialismo.

En ellas, los conceptos de historia, verdad, tiempo, espacio, movimiento, justicia, amor y muerte, aceptados como válidos por la “moral” burguesa, son puestos en fuga por una estética revolucionaria, donde signos y encuadres, personajes y acciones, argumentos, mensajes y códigos buscan el lenguaje de una obra descolonizada y descolonizadora.

Murió de un paro cardíaco en 1981, habiendo vivido apenas 43 años, logró una obra que aún hoy tiene notable influencia en su país, y que en su época participó del impulso de expresiones de las juventudes, como la relación de su largometraje *Terra em transe* con el estallido del Mayo Francés, además de ser un aporte de peso para la cinematografía latinoamericana, como es el caso de su influencia en el cine antimperialista cubano.

El texto que leerás a continuación fue leído por Rocha en la Universidad de Columbia, en Nueva York, en 1971. Es su más lúcido manifiesto.





ESTÉTICA DEL SUEÑO (1971)

En el Seminario del Tercer Mundo realizado en Génova, Italia, 1965, presenté acerca del Cinema Novo brasileño “La estética del hambre”. Esta comunicación situaba al artista del Tercer Mundo delante de las potencias colonizadoras: solamente una estética de la violencia podría integrar un significado revolucionario en nuestras luchas de liberación. Dado que nuestra pobreza era comprendida pero jamás sentida por los observadores coloniales.

1968 fue el año de las revoluciones de la juventud. El Mayo Francés ocurrió en el momento en que estudiantes e intelectuales brasileños manifestaban en Brasil su protesta contra el régimen militar de 1964. Entre la represión interna y la repercusión internacional aprendí la mejor lección: el artista debe mantener su libertad ante cualquier circunstancia. Solamente así estaremos libres de un tipo muy original de empobrecimiento: la oficialización que los países subdesarrollados acostumbran hacer de sus mejores artistas.

Las ciencias sociales dieron a conocer estadísticas y permiten interpretaciones sobre la pobreza. Las conclusiones de las afirmaciones de los sistemas capitalistas encaran al hombre pobre como un objeto que debe ser alimentado. Y en los países socialistas observamos la permanente polémica entre los profetas de la revolución total y los burócratas que tratan al hombre como objeto a ser masificado.

La mayoría de los profetas de la revolución total es compuesta por artistas. Son personas que tienen una aproximación más sensitiva y menos intelectual con las masas pobres.

Arte revolucionaria fue la palabra de orden en el tercer mundo en los años sesenta y continuará siéndolo en esta década. Creo entonces,



que la mudanza de muchas condiciones políticas y mentales exige un desarrollo continuo de los conceptos de arte revolucionario.

Primarismo muchas veces se confunde con manifiestos ideológicos.

El peor enemigo del arte revolucionario es su mediocridad. Delante de la evolución sutil de los conceptos reformistas de la ideología imperialistas, el artista debe ofrecer respuestas revolucionarias capaces de no aceptar, en ninguna hipótesis, las evasivas propuestas.

Y, lo que es más difícil, exige una precisa identificación de lo que es arte revolucionario útil al activismo político, de lo que es arte revolucionario lanzado a la apertura de nuevas discusiones, de lo que es arte revolucionario rechazado por la izquierda e instrumentalizado por la derecha.

En el primer caso, yo cito, como hombre de cine, el filme de Fernando Solanas, argentino, *La hora de los hornos*. Es un típico panfleto de informaciones, agitación y polémica, utilizado actualmente en varias partes del mundo por activistas políticos.

En el segundo caso, tengo algunos filmes del Cinema Novo brasileño, entre los cuales se encuentran mis propios filmes.

Y por último, la obra de Jorge Luis Borges.

Esta clasificación revela las contradicciones de un arte que expresa a su propio contemporáneo. **Una obra de arte revolucionaria debería no solo actuar de modo inmediatamente político como también promover la especulación filosófica, creando una estética de eterno movimiento humano rumbo a su integración cósmica.**

La existencia discontinua de este arte revolucionario en el tercer mundo se debe fundamentalmente a las represiones del racionalismo.

Los sistemas culturales actuantes, de derecha e izquierda, están presos en una razón conservadora. El fracaso de las



izquierdas en Brasil es resultado de este vicio colonizador. La derecha piensa de acuerdo con la razón del orden y el desarrollo. La tecnología es ideal mediocre de un poder que no tiene otra ideología sino el dominio del hombre por el consumo. Las respuestas de la izquierda, ejemplifico otra vez en Brasil, fueron paternalistas con relación al tema central de los conflictos políticos: las masas pobres. El pueblo es el mito de la burguesía.

La razón del pueblo se convierte en la razón de la burguesía sobre el pueblo.

Las variaciones ideológicas de esta razón paternalista se identifican en monótonos ciclos de protesta y represión. La razón de izquierda se revela heredera de la razón revolucionaria burguesa europea. La colonización en tal nivel imposibilita una ideología revolucionaria integral, que tendría en el arte su expresión mayor porque solamente el arte puede aproximarse al hombre en la profundidad que el sueño de esta comprensión pueda permitir.

La ruptura con los racionalismos colonizadores es la única salida. Las vanguardias del pensamiento no pueden darse más a la tarea inútil de responder a la razón opresiva con la razón revolucionaria. La revolución es antirrazón que comunica las tensiones y rebeliones del más irracional de todos los fenómenos que es la pobreza. Ninguna estadística puede informar la dimensión de la pobreza. La pobreza es la carga autodestructiva máxima de cada hombre y repercute psíquicamente de tal forma que este pobre se convierte en un animal de dos cabezas: una es fatalista y sumisa a la razón que lo explota como esclavo. La otra, en la medida en que el pobre no puede explicar lo absurdo de su propia pobreza, es naturalmente mística.

La razón dominadora clasifica el misticismo de irracionalista y lo reprime a bala. Para ella todo lo que es irracional debe ser destruido, sea la mística religiosa, sea la mística política. La revolución, como posesión del hombre que lanza su vida rumbo a una idea, es el más alto estado esencial del misticismo. Las revoluciones fracasan cuando esta posesión no es



total, cuando el hombre rebelde no se libera completamente de la razón represiva, cuando los signos de la lucha no se producen a un nivel de emoción estimulante y reveladora, cuando, todavía accionando por la razón burguesa, método e ideología se confunden a tal punto que paralizan las transacciones de la lucha. En la medida que la desrazón planea las revoluciones, la razón planea la represión. **Las revoluciones se hacen en la imprevisibilidad de la práctica histórica que es la cábala del encuentro de las fuerzas irracionales de las masas pobres.**

La toma política del poder no implica el éxito revolucionario. Hay que tocar por la comunión, el punto vital de la pobreza que es su misticismo. Este misticismo es el único lenguaje que trasciende al esquema racional de opresión. **La revolución es una magia porque es lo imprevisto dentro de la razón dominadora.** A lo sumo es vista como una posibilidad comprensible. Pero la revolución debe ser una imposibilidad de comprensión para la razón dominadora, de tal forma que la misma se niegue y se devore ante su imposibilidad de comprender.

El irracionalismo liberador es la más fuerte arma del revolucionario. Y la liberación, incluso en los encuentros de la violencia provocada por el sistema, significa siempre negar la violencia en nombre de una comunidad fundada por el sentido de amor ilimitado entre los hombres. Este amor nada tiene que ver con el humanismo tradicional, símbolo de la buena conciencia dominadora.

Las raíces indígenas y negras del pueblo latinoamericano deben ser entendidas como únicas fuerzas desarrolladas de este continente. Nuestras clases medias y burguesas son caricaturas decadentes de las sociedades colonizadoras.

La cultura popular será siempre una manifestación relativa cuando apenas inspiradora de un arte creado por artistas todavía sofocados por la razón burguesa. **La cultura popular no es lo que se llama técnicamente folclor, sino el lenguaje popular de la permanente rebelión histórica.**

El encuentro de los revolucionarios desligados de la razón burguesa con las estructuras más significativas de esta



cultura popular será la primera configuración de un nuevo signo revolucionario.

El sueño es el único derecho que no se puede prohibir. La *Estética del hambre* era la medida de mi comprensión racional de la pobreza en 1965. Hoy rehúso hablar de cualquier estética. **La plena vivencia no puede estar sujeta a conceptos filosóficos. El arte revolucionario debe ser una magia capaz de hechizar al hombre a tal punto que él no soporte más vivir en esta realidad absurda.**

Borges, superando esta realidad, escribió las más liberadoras irrealidades de nuestro tiempo. Su estética es la del sueño. Para mí, es una iluminación espiritual que contribuye a dilatar mi sensibilidad afroindia en la dirección de los mitos originales de mi raza. Esta raza, pobre y aparentemente sin destino, elabora en la mística su momento de libertad.

Los dioses afroindios negaron la mística colonizadora del catolicismo, que es brujería de la represión y de la redención de los ricos.

No justifico ni explico mi sueño, porque él nace de una intimidad cada vez mayor con el tema de mis filmes, sentido natural de mi vida.



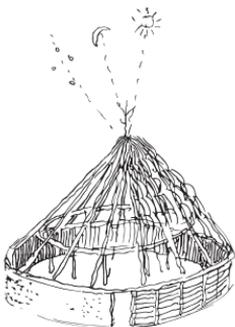
JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

Nació en 1911 en Andahuaylas. Escritor, educador, etnólogo. Es uno de los más importantes narradores peruanos del siglo xx, su obra se nutre de dos lenguas, de dos culturas en permanente oposición y sincretismo. Representa un importante registro de leyendas, situaciones y costumbres del pueblo indígena, mayoritario en su país, en contraste permanente con la cultura del patrón, sin que este registro se tiñera de purismo intelectual, pues no deja de lado las circunstancias económicas, sociales, culturales y políticas en que vivía, y vive, ese pueblo.

Socialista por un lado, y por otro defensor de un indigenismo que permita la existencia en estado puro, experimenta, declara y expresa en su obra una profunda contradicción entre estos dos aspectos considerados en su particular “defensa del indio”. Sus ensayos etnográficos, pedagógicos y lingüísticos se manifiestan con la misma riqueza y poética que sus cuentos y novelas.

El discurso que aquí incluimos fue pronunciado por el autor en la ceremonia donde le fue otorgado el Premio Inca Garcilaso de la Vega, por su trayectoria de vida. Allí declara, con tono satisfecho, la certeza de no haberse equivocado, con la digna e inteligente postura, que con respecto a las dos culturas visibles en su país, él eligió.





NO SOY UN ACULTURADO (1968)

Acepto con regocijo el Premio Inca Garcilaso de la Vega, porque siento que representa el reconocimiento a una obra que pretendió difundir y contagiar en el espíritu de los lectores el arte de un individuo quechua moderno que, gracias a la conciencia que tenía del valor de su cultura, pudo ampliarla y enriquecerla con el conocimiento, la asimilación del arte creado por otros pueblos que dispusieron de medios más vastos para expresarse.

La ilusión de juventud del autor parece haber sido realizada. No tuvo más ambición que la de volcar en la corriente de la sabiduría y el arte del Perú criollo el caudal del arte y la sabiduría de un pueblo al que se consideraba degenerado, debilitado o “extraño” e “impentrabable” pero que, en realidad, no era sino lo que llega a ser un gran pueblo, oprimido por el desprecio social, la dominación política y la explotación económica en el propio suelo donde realizó hazañas por las que la historia lo consideró como gran pueblo: se había convertido en una nación acorralada, aislada para ser mejor y más fácilmente administrada y sobre la cual solo los acorraladores hablaban mirándola a distancia y con repugnancia o curiosidad.

Pero los muros aislantes y opresores no apagan la luz de la razón humana y mucho menos si ella ha tenido siglos de ejercicio; ni apagan, por tanto, las fuentes del amor de donde brota el arte.

Dentro del muro aislante y opresor, el pueblo quechua, bastante arraigado y defendiéndose con el disimulo, seguía concibiendo ideas, creando cantos y mitos. Y bien sabemos que los muros aislantes de las naciones no son nunca completamente aislantes.

A mí me echaron por encima de ese muro, un tiempo, cuando era niño; me lanzaron en esa morada donde la ternura es más intensa



que el odio y donde, por eso mismo, el odio no es perturbador sino fuego que impulsa.

Contagiado para siempre de los cantos y los mitos, llevado por la fortuna hasta la Universidad de San Marcos, hablando por vida el quechua, bien incorporado al mundo de los cercadores, visitante feliz de grandes ciudades extranjeras, intenté convertir en lenguaje escrito lo que era como individuo: un vínculo vivo, fuerte, capaz de universalizarse, de la gran nación cercada y la parte generosa, humana, de los opresores.

El vínculo podía universalizarse, extenderse; se mostraba un ejemplo concreto, actuante. El cerco podía y debía ser destruido; el caudal de las dos naciones se podía y debía unir. Y el camino no tenía por qué ser, ni era posible que fuera únicamente el que se exigía con imperio de vencedores expoliadores, o sea: que la nación vencida renuncie a su alma, aunque no sea sino en la apariencia, formalmente, y tome la de los vencedores, es decir, que se aculture.

Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz habla en cristiano y en indio, en español y en quechua. Deseaba convertir esa realidad en lenguaje artístico y tal parece, según cierto consenso más o menos general, que lo he conseguido. Por eso recibo el Premio Inca Garcilaso de la Vega con regocijo.

Pero este discurso no estaría completo si no explicara que el ideal que intenté realizar, y que tal parece que alcancé hasta donde es posible, no lo habría logrado si no fuera por dos principios que alentaron mi trabajo desde el comienzo. En la primera juventud estaba cargado de una gran rebeldía y de una gran impaciencia por luchar, por hacer algo. Las dos naciones de las que provenía estaban



en conflicto: el universo se me mostraba encrespado de confusión, de promesas, de belleza más que deslumbrante, exigente.

Fue leyendo a Mariátegui y después a Lenin que encontré un orden permanente en las cosas; la teoría socialista no solo dio un cauce a todo el porvenir sino a lo que había en mí de energía, le dio un destino y lo cargó aún más de fuerza por el mismo hecho de encauzarlo. ¿Hasta dónde entendí el socialismo? No lo sé bien. Pero no mató en mí lo mágico.

No pretendí jamás ser un político ni me creí con aptitudes para practicar la disciplina de un partido, pero fue la ideología socialista y el estar cerca de los movimientos socialistas lo que dio dirección y permanencia, un claro destino a la energía que sentí desencadenarse durante la juventud.

El otro principio fue el de considerar siempre el Perú como una fuente infinita para la creación. Perfeccionar los medios de entender este país infinito mediante el conocimiento de todo cuanto se descubre en otros mundos. No, no hay país más diverso, más múltiple en variedad terrena y humana; todos los grados de calor y color, de amor y odio, de urdimbres y sutilezas, de símbolos utilizados e inspiradores.

No por gusto, como diría la gente llamada común, se formaron aquí Pachacámac y Pachacútec, Huamán Poma, Cieza y el Inca Garcilaso, Túpac Amaru y Vallejo, Mariátegui y Eguren, la fiesta de Qoyllur Riti y la del Señor de los Milagros; los yungas de la costa y de la sierra; la agricultura a 4.000 metros; patos que hablan en lagos de altura donde todos los insectos de Europa se ahogarían; picaflores que llegan hasta el sol para beberle su fuego y llamear sobre las flores del mundo.

Imitar desde aquí a alguien resulta algo escandaloso. En técnica nos superarán y dominarán, no sabemos hasta qué tiempos, pero en arte podemos ya obligarlos a que aprendan de nosotros y lo podemos hacer incluso sin movernos de aquí mismo.

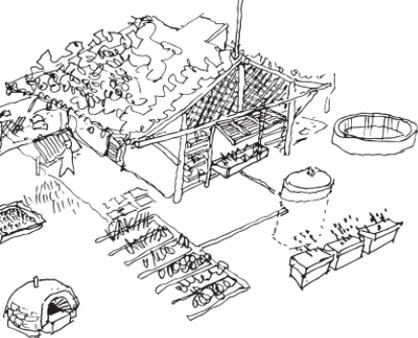
Ojalá no haya habido mucho de soberbia en lo que he tenido que hablar; les agradezco y les ruego dispensarme.



JOSÉ MARTÍ

Nació en La Habana en 1853. Murió por impactos de bala en Dos Ríos, en batalla por la independencia de su país. Mucho se ha dicho de este Libertador, al que se le reconoce como uno de los más altos poetas americanos, por no caer en exageraciones y darle a su gigante obra el principal lugar. Por si fuera poco, encarna con su vida y obra un legado tan respetado que, como con el de Bolívar antes y el de Chávez ahora, el imperialismo intenta mimetizar con él su siempre engañoso mensaje. “Nuestra América” es un ensayo clave para comprender las circunstancias pasadas y presentes en nuestro territorio, por la fogosidad de su verbo quedan desnudas las taras culturales que tenemos que extirpar para no caer en el error histórico de no asumir la construcción de nuestra propia forma de gobierno, y por el mismo verbo se dibujan, con todos los colores que pudieran necesitarse, las fortalezas de nuestras sociedades, que quieren y deben ser, con respecto a la colonia y al imperio, nuevas, de manera radical y bella.





NUESTRA AMÉRICA (1891)

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormido engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. **Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.**

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. **Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos.** Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no



pase el gigante de las siete leguas! **Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.**

A los sietemesinos solo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. **¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre?, ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres!** Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos “increíbles” del honor, que



lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. **Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña.**

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. **A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.**

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados



artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. **No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.** El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras esta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con la mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. **¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con anti-parras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen.** En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages: porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte,



y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injétese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, venimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín



dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente descuyntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de uno sobre la razón campestre de otros. El problema de la independecia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros –de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborígen– por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso



de Iturbide “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. **Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?” se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son.** Cuando aparece en Cojímbar un problema, no van a buscar la solución a Danzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. **Los jóvenes de**



América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidija, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. **Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos.** Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una bomba de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la

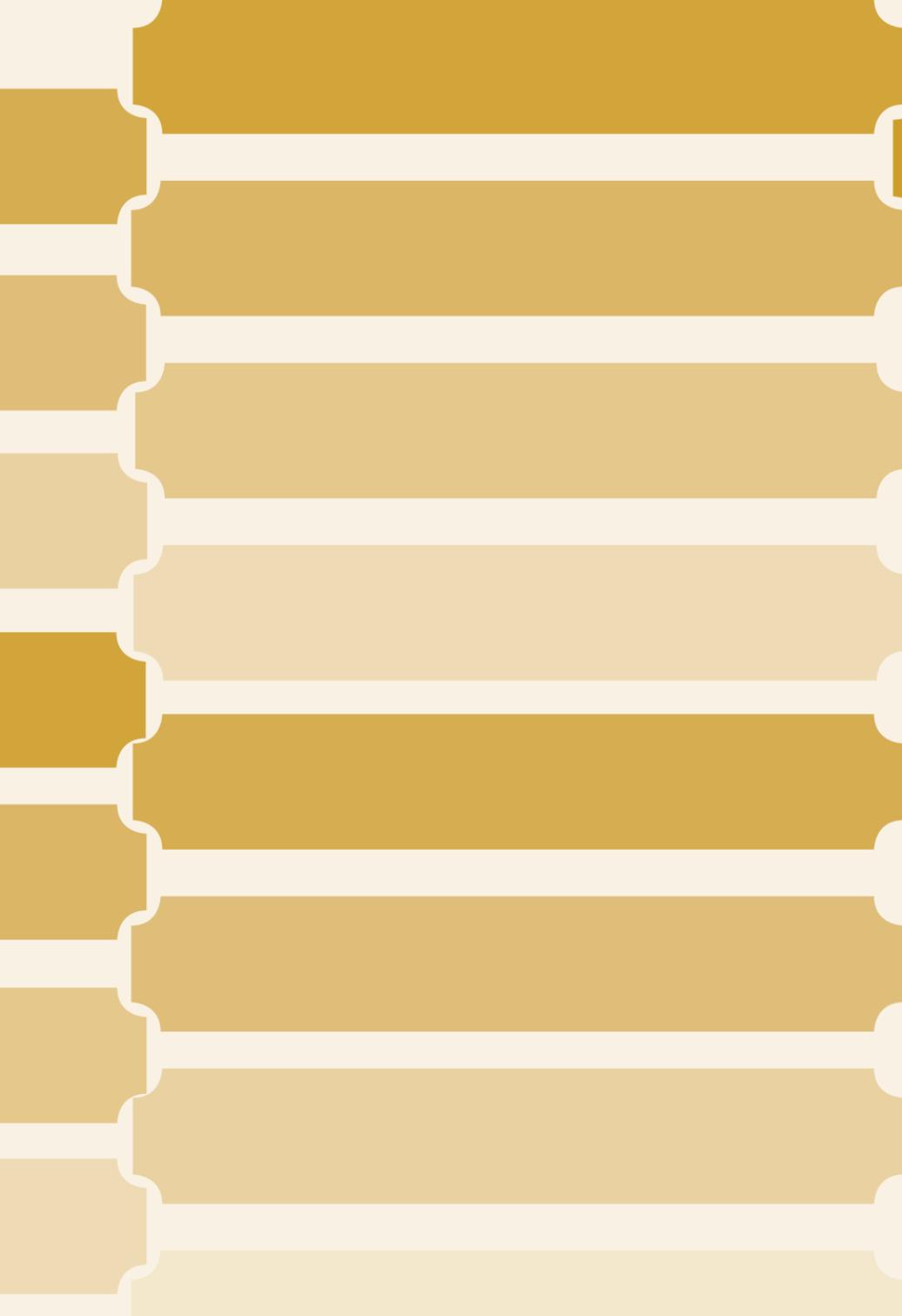




guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdenea. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y solo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o el que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada solo con sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. **El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdenea. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos.** Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad. No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso

y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Zemí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!





AIMÉ CÉSAIRE

Este poeta, dramaturgo, ensayista y político revolucionario nació en Martinica en 1913. Es uno de los creadores del concepto de “negritud”, que agrupa a intelectuales en defensa de los derechos de las y los afrodescendientes en el mundo, a esta corriente del pensamiento político desarrollada en el siglo xx pertenecen también Leopoldo Sédar Senghor (Senegal), Léon Damas (Guyana), Jacques Ruomain y Frantz Fanon. Esta propuesta estético-política plantea el rechazo a la aculturación producto de la colonización europea a partir de la búsqueda de las raíces africanas sin que esto suponga “regionalismo” y sí una conciencia del peligro que entraña el imperialismo, sea europeo o norteamericano. Dicha búsqueda en estas voces ancestrales, y especialmente en Césaire, origina un potente y actual grito de justicia y dignidad en la propia lengua del colonizador.

Es considerado uno de los autores fundamentales de poesía moderna en el idioma francés. Sus poemas, plásticos, libres y profundos se nutren de una experimentación que supera el esteticismo y la simple originalidad formal, dando lugar a lo mágico americano, sustentado en la riqueza de la cultura africana-caribeña.

Su ensayo “Discurso sobre el colonialismo”, del que seleccionamos para ti algunos fragmentos, es considerado uno de los manifiestos más importantes contra la colonización y la neocolonización que, bien visto el asunto, son una solución de continuidad para el parasitismo burgués imperialista en su histórica práctica contra los pueblos, donde se producen discursos cientificistas, religiosos, economicistas, sociológicos, literarios, etcétera, que disfrazan la esclavitud extendida con formas legalizadas, como la mano de obra mal pagada o el latifundio, con la careta del “humanismo”, a fin de cuentas hipócrita y ramplona. Este Discurso es una denuncia de máxima eficacia, colocando a occidente ante sus propias miserias.



DISCURSO SOBRE EL COLONIALISMO (1955) / (fragmentos)

1

Una civilización que se muestra incapaz de resolver los problemas que su funcionamiento suscita es una civilización decadente.

Una civilización que decide cerrar los ojos a sus problemas cruciales es una civilización enferma. Una civilización que escamotea sus principios es una civilización moribunda.

El hecho es que la civilización llamada “europea”, la civilización “occidental”, tal como la configuran dos siglos de régimen burgués, resulta incapaz de resolver los dos mayores problemas a que su existencia misma ha dado origen: el problema del proletariado y el problema colonial; que, llamada a comparecer ante el tribunal de la “razón” o el de la “conciencia”, esta Europa se revela impotente para justificarse, y que, a medida que pasa el tiempo, se refugia en una hipocresía tanto más odiosa cuanto menos posibilidades tiene de engañar a nadie.

Europa *es indefendible*.

Esta parece ser la conclusión que se confían al oído los estrategas norteamericanos.

Eso, en sí mismo, no es grave.

Grave resulta que Europa sea moral y espiritualmente indefendible. Y hoy día ocurre que no son solo las masas europeas las que la inculpan, sino que, en escala mundial, esta misma acusación es proferida por decenas y decenas de millones de hombres que desde lo más profundo de la esclavitud se erigen en jueces.

Pueden asesinar en Indochina, torturar en Madagascar, encarcelar en el África Negra y arrasarse en las Antillas. En lo adelante, los colonizados sabrán que tienen por sobre los colonialistas una ventaja: saber que sus “amos” circunstanciales mienten.

De modo que son débiles sus amos.





Y ya que tengo que hablar de colonización y de civilización, vayamos directo a la mentira principal a partir de la cual proliferan todas las demás, ¿colonización y civilización?

En este asunto, la más común de las desgracias es la de servir de hazmerreír de una hipocresía colectiva, hábil en eso de plantear mal los problemas para mejor legitimar las detestables soluciones que se les brindan.

Esto es tanto como decir que aquí lo esencial es ver claro, pensar claro (léase peligrosamente) y responder claro a la inocente pregunta inicial: **¿qué es en principio la colonización? Ponerse primero de acuerdo en lo que no es: ni evangelización, ni empresa filantrópica, ni voluntad de hacer retroceder las fronteras de la ignorancia, de la enfermedad, o de la tiranía, ni propagación de Dios, ni difusión del Derecho; admitir, de una vez y por todas, sin tratar de evadir las consecuencias, que aquí la última palabra la dicen el aventurero y el pirata, el gran almacenista y el armador, el buscador de oro y el comerciante, el apetito y la fuerza, seguidos de la sombra amenazadora y maléfica de una forma de civilización que en un momento de su historia se descubre íntimamente obligada a extender al plano mundial la competencia de sus economías antagónicas.**

Siguiendo con mi análisis, yo creo que la hipocresía data de fecha reciente, que ni Cortés cuando descubre México desde lo alto del gran *teocalli*, ni Pizarro frente al Cuzco (mucho menos Marco Polo frente a Cambalue), se quejan de ser los proveedores de un orden superior: que maten, que saqueen; que lleven cascos, lanzas y codiciosos propósitos; que los impostores vinieron después; que el máximo responsable de esto es el pedantismo cristiano, por haber planteado las deshonestas ecuaciones de *cristianismo-civilización*,



paganismo-salvajismo, de las que no podían por menos que desprenderse abominables consecuencias colonialistas y racistas cuyas víctimas serían los indios, los amarillos y los negros.

Aclarado esto, admito entonces que poner en contacto las diferentes civilizaciones es bueno; que es excelente casar mundos distintos; que una civilización, cualquiera que sea su íntimo genio, al replegarse en sí misma, se marchita; que el intercambio sirve en este caso de oxígeno, y que la gran suerte de Europa está en haber servido de encrucijada, y que, por haber sido centro geométrico de todas las ideas, receptáculo de todas las filosofías, albergue de todos los sentimientos, se ha convertido en el mejor de los generadores de energía. Ahora bien, yo hago la siguiente pregunta: ¿es que en realidad la colonización ha *puesto en contacto*? O, si se prefiere, de todas las formas de *establecer contacto*, ¿era esta la mejor?

Yo digo que *no*.

Y digo que de la colonización a la civilización la distancia es infinita; que, de todas las expediciones coloniales acumuladas, de todos los estatutos coloniales elaborados, de todas las circulares ministeriales expedidas, no sale airoso ni un solo valor humano.



2

Habría que estudiar primero cómo trabaja la colonización para descivilizar al colonizador, para embrutecerlo, en el sentido exacto de la palabra, para degradarlo, para despertarlo a sus escondidos instintos, a la codicia, a la violencia, al odio racial, al relativismo moral, y demostrar que, cada vez que en Vietnam cortan una cabeza o sacan un ojo y en Francia se acepta, violan a una muchacha y en Francia se acepta, sacrifican a un malgache* y en Francia se acepta,

* Viene de *malagasy*, idioma del pueblo de Madagascar, donde el francés es la lengua principal en los medios escritos y en la educación. Por extensión, los franceses llaman malgache a todo habitante de ese país.

un logro de la civilización pende con peso muerto, una regresión universal se opera, una gangrena se instala, un foco de infección se extiende, y al final de todos esos tratados violados, de todas esas mentiras propagadas, de todas esas expediciones punitivas toleradas, de todos esos prisioneros atados e “interrogados”, de todos esos patriotas torturados, al final de ese orgullo racial enardecido, al final de esa jactancia desplegada, está el veneno inoculado en las venas de Europa, y el progreso lento, pero seguro, de la salvajización del continente.

Y entonces, un buen día, la burguesía se despierta de una sacudida formidable: gestapos muy atareadas, prisiones repletas, torturadores que inventan, refinan y discuten junto a sus torniquetes.

Uno se extraña, se indigna. Uno dice: “¡qué raro! ¡Pero, bah! ¡Es el nazismo, ya pasará!”. Y uno aguarda, y uno espera; y uno se oculta a sí mismo la verdad: que se trata de una barbarie, pero de la barbarie suprema, la que corona, la que resume la cotidianeidad de las barbaries; que es el nazismo, sí, pero que antes de ser víctima se ha sido cómplice; que a ese nazismo se le ha soportado antes de sufrirlo, que se le ha absuelto, que se han cerrado los ojos frente a él, que se le ha justificado, porque, hasta ese momento, solo había actuado contra pueblos no europeos; que ese nazismo ha sido cultivado, que uno es el responsable, y que, antes de engullirlo en sus rojizas aguas, se filtra, penetra, gotea, por las rendijas de la cristiana civilización occidental.

Sí, valdría la pena estudiar, clínicamente, en detalle, los pasos dados por Hitler y el hitlerismo, y enterar al muy distinguido burgués del siglo xx de que lleva dentro de sí a un Hitler ignorado, que Hitler lo habita, que Hitler es su demonio, que si él, burgués, lo vitupera, no es más que por falta de lógica, y que, en el fondo, lo que no perdona a Hitler no es el crimen en sí, el crimen contra el hombre, no es la humillación del hombre en sí, sino el crimen contra el hombre blanco, la humillación del hombre blanco, y el haber aplicado a Europa procedimientos colonialistas contra los



que se alzaban hasta ahora solo los árabes de Argelia, los culíes de la India y los negros de África.

Y es ese el gran reproche que hago al seudohumanismo: el de haber aminorado por demasiado tiempo los derechos del hombre, el haber tenido sobre ellos y mantener aún un criterio estrecho y parcelario, parcializado y parcial y, en fin de cuentas, sórdidamente racista.

He hablado mucho de Hitler. Es que él se lo merece: él permite ver claro y entender que la sociedad capitalista, en su estado actual, es tan incapaz de fundamentar uno solo de los derechos de la gente, como impotente se declara de fundamentar una moral individual. Quiérase o no, al final de ese callejón sin salida que es Europa –es decir, la Europa de Adenauer, de Schuman, Bidault y otros–, está Hitler. **Al final del capitalismo, ansioso de sobrevivirse, está Hitler. Al final del humanismo formal y del renunciamiento filosófico, está Hitler.**

(...)

Pero hablemos de los colonizados.

Sé muy bien qué es lo que la colonización ha destruido: las admirables civilizaciones indias, y que ni Deterding, ni la Royal Dutch, ni la Standard Oil me consolarán por los aztecas ni por los incas.

Sé muy bien de aquellas –condenadas a muerte– en las que esa misma colonización ha introducido el principio de la ruina: Oceanía, Nigeria, Niasa. Sé menos de lo que ha aportado.

¿Seguridad? ¿Cultura? ¿Jurismo? Mientras tanto, observo y veo, dondequiera que se encuentran frente a frente colonizadores y colonizados, la fuerza, la brutalidad, la crueldad, el sadismo, el choque y, como parodia de formación cultural, la fabricación en serie de unos cuantos miles de funcionarios subalternos, sirvientes, artesanos, empleados de comercio e intérpretes, necesarios a la buena marcha de los negocios.

He hablado de contacto.

Entre colonizador y colonizado no hay lugar sino para la servidumbre, la intimidación, la presión, los policías, el impuesto, el robo, la violación, las culturas obligatorias, el menosprecio, la desconfianza, la altanería, la suficiencia, la grosería de élites descerebralizadas y masas envilecidas.



Ningún contacto humano, sino relaciones de dominación y de sumisión que transforman al hombre colonizador en vigilante, en sargento, en mayoral, en azote, y al hombre indígena en instrumento de producción.

Ahora me toca a mí plantear una ecuación: *colonización = cosificación*. Oigo venir la tormenta. Me hablan de progreso, de “realizaciones”, de enfermedades curadas, de niveles de vida elevados por encima de sí mismos. **Yo hablo de sociedades vaciadas de sí mismas, de culturas pisoteadas, de instituciones carcomidas, de tierras confiscadas, de religiones ultimadas, de magnificencias artísticas anquiladas, de extraordinarias posibilidades suprimidas.**

Me bombardean con hechos, estadísticas, kilómetros de carreteras, de canales y de vías férreas.

Yo hablo de millares de hombres sacrificados en la Congo Ocean. Hablo de los que, en el momento en que escribo, están cavando a mano el puerto de Abidjan. Hablo de los millares de hombres arrancados de sus dioses, de sus tierras, de sus costumbres, de su vida, de la vida, del baile, de la sapiencia.

Hablo de millares de hombres en los que hábilmente se ha inculcado el miedo, el complejo de inferioridad, el temblor, el arrodillamiento, la desesperación, el lacayismo.

Me ofrecen el dato exacto de toneladas de algodón o de cacao exportadas, de hectáreas de olivos o de viñas plantadas.

Yo hablo de economías naturales, de economías armoniosas y viables, de economías a la medida del hombre indígena, desorganizadas, de necesarias siembras destruidas, de subalimentación instalada, de desarrollo agrícola únicamente orientado en beneficio de las metrópolis, de saqueo de productos, de saqueo de materias primas.

Yo hablo también de abusos, pero para decir que a los de antes –muy reales– se han superpuesto otros –muy detestables–. Me hablan de tiranos locales puestos a buen recaudo, pero yo verifico que, en general, se las entienden muy bien con los nuevos y que, entre estos, y los de antes y viceversa se establece en



detrimento de los pueblos un circuito de buenos oficios y de complicidad. **Me hablan de civilización, y yo hablo de proletarianización y de mistificación.**

Yo, por mi parte, hago la apología sistemática de las civilizaciones paraeuropeas.

Cada día que pasa, cada juicio ignorado, cada paliza policiaca, cada reclamación obrera ahogada en sangre, cada escándalo sofocado, cada incursión punitiva, cada carro de la Compañía Republicana de Seguridad, cada policía y cada soldado nos hacen pagar el precio de nuestras viejas sociedades.

Eran sociedades no solo antecapitalistas, como se ha dicho, sino también anticapitalistas.

Eran sociedades comunitarias, no de todos para unos cuantos.

Eran sociedades democráticas, también.

Eran sociedades cooperativas, sociedades fraternales.

Hago la apología sistemática de sociedades destruidas por el imperialismo.

Ellas, que eran el hecho, que no pretendían en lo absoluto ser la idea, que no eran, a pesar de sus defectos, ni odiosas ni condenables. Se conformaban con ser. Ante ellas no tenían sentido palabras como *fracaso* o *avatares*. Era que conservaban, intacta, la esperanza.

Mientras que eran estas las únicas palabras aplicables, con toda honestidad, a las empresas europeas fuera de Europa. Mi único consuelo es que las colonizaciones pasan, que las naciones no permanecen mucho tiempo en el letargo, y que los pueblos quedan.

Dicho esto, parece como que en ciertos medios descubrieran en mí a un “enemigo de Europa” y profeta del retorno al pasado *anteuropeo*. Por mi parte, yo busco inútilmente en qué momento pude pronunciar tales palabras; cuándo se me ha visto subestimar la importancia de Europa en la historia del pensamiento humano; cuándo se me ha oído predicar un *retorno*, cualquiera que este sea; cuándo se me ha visto pretender que pudiera haber *retorno*.

La verdad es que dije algo muy distinto: a saber, que el gran drama histórico del África ha sido menos su contacto demasiado tardío con el resto del mundo que la manera en



que se ha operado ese contacto; que es en el momento en que Europa cae en manos de los financieros y de los capitanes de la industria más carentes de escrúpulos que Europa se “propaga”; que nuestra desdicha ha querido que sea esa Europa la que nos hayamos tropezado en el camino y que sea Europa responsable ante la comunidad humana del mayor montón de cadáveres de la historia.

Por otro lado, juzgando la acción colonizadora, agregué que Europa ha sabido sacar muy buen partido de todos los feudales nativos que aceptaban ponerse a su servicio; urdir con ellos una viciosa complicidad; hacer más efectivas y eficaces sus tiranías; y que su acción ha tendido ni más ni menos que a prolongar artificialmente la supervivencia de los pasados locales en lo que de más pernicioso estos tenían. Dije –y es muy distinto– que la Europa colonizadora ha injertado abuso moderno en la antigua injusticia; odioso racismo en la vieja desigualdad. Que si de lo que se trata era de seguir contra mí un proceso de intención, yo mantengo que la Europa colonizadora es desleal cuando legitima *a posteriori* la acción colonizadora apoyándose en evidentes progresos materiales experimentados en ciertos terrenos bajo el régimen colonial, si se tiene en cuenta que la *mutación brusca* es siempre posible, en la historia como fuera de ella; que nadie sabe qué estado de desarrollo material hubieran alcanzado esos mismos países sin la intervención europea; que el equipamiento técnico, la reorganización administrativa, la “europeización”, en una palabra, de África o de Asia, no estaban –como lo muestra el ejemplo japonés– ligados en modo alguno a la *ocupación* europea; que la europeización de los continentes no europeos podía no haberse realizado bajo la bota de Europa; que ese movimiento de europeización *estaba siendo*; que ha resultado incluso retardado; que en todo caso ha sido falseado por la intromisión de Europa.

Prueba de esto es que, en la actualidad, son los nativos de África y Asia los que reclaman escuelas y que es la Europa colonizadora la que las niega; que es el hombre africano el que pide puertos y carreteras, que es Europa colonizadora la que, en este sentido, regatea; que es el colonizado el que quiere marchar hacia adelante, que es el colonizador quien le corta el paso.



Yendo aún más allá, no me oculto para decir que, en la actualidad, la barbarie de Europa occidental es increíblemente grande, solo sobrepasada, y ampliamente, por otra: la norteamericana.

Y no hablo de Hitler, ni del mayoral, ni del aventurero, sino del “buena gente” de al lado; ni del SS, ni del gángster, sino del cumplido burgués. El candor de León Bloy se indignaba antaño porque estafadores, perjuros, falsificadores, ladrones y proxenetas fueran los encargados de “llevar a las Indias el ejemplo de la virtud cristiana”.

El progreso radica en que hoy es el poseedor de la “virtud cristiana” quien se agencia –y con mucha maña– el honor de administrar en ultramar según los procedimientos de esbirros falsificadores.

Señal de que la crueldad, la mentira, la corrupción y la bajeza han prendido maravillosamente en el alma de la burguesía europea.

Repito que no hablo de Hitler, ni de los SS, ni del *progrom*, ni de la ejecución sumaria. Sino de aquella reacción sorprendida, de aquel reflejo admitido, de aquel cinismo tolerado. Y sí hacen falta pruebas de aquella escena de histeria antropofágica que tuve oportunidad de presenciar en la Asamblea Nacional francesa.

Caramba, mis queridos colegas (como suele decirse), permítanme saludarlos (saludo de antropófagos, claro está).

¡Imagínense!, ¡noventa mil muertos en Madagascar!, Indochina pisoteada, triturada, asesinada, fuerza de torturas sacadas del fondo de la Edad Media! ¡Y qué espectáculo! ¡Aquel escalofrío de goce que renovaba el grato sopor! ¡Aquellos clamores salvajes! Bidault con su cara de hostia sacramentada, la antropofagia beata y santurrona; Teitgen, endemoniado camorrista, Aliborón del descerebramiento –la antropofagia de las Pandectas; Moutet, la antropofagia marrullera, la gansada altisonante y aserrín en la cabeza–. Coste Floret, la torpe antropofagia de elefante en locería.



¡Inolvidable, señores! Con bellas frases solemnes y frías como bandas de honor amarran a nuestro malgache. Con algunas otras ya convenidas nos lo apuñalan. En lo que tarda enjugarse el gznate nos lo destripan. ¡Lindo trabajo! ¡No perderá ni una sola gota de sangre!

Esos que empinan el codo y no bautizan. Esos que, como Ranadier, se embarran –a la silena– el rostro; Fonlup-Esperaber, que se almidona su bigote de viejo-galo-carirredondo; el viejo Desjardins, inclinado sobre los efluvios de la cuba, paladeándose como con vino dulce. ¡La violencia!, la de los débiles. Dato curioso: no se pudren por la cabeza las civilizaciones. Primero es el corazón.

Confieso, por la salud de Europa y de la civilización, que esos “¡mata!, ¡mata!” y esos “que eche sangre” eructados por el viejo tembloroso y el jovencito alumno de sus papacitos, me impresionan mucho más que los más sensacionales asaltos a las puertas de un banco parisino. Y fíjense que esto de excepcional no tiene nada. Por el contrario, la regla es la chabacanería burguesa. Esa chabacanería que se respira desde hace un siglo. Uno la ausculta, la sorprende, la olfatea, la sigue, la pierde, la vuelve a encontrar, la ahuyenta y ella sigue exhibiéndose, cada vez más nauseabunda. ¡Ah! El racismo de esos señores no me veja. No me indigna. Tan solo la reconozco. Lo verifico, eso es todo. Casi estoy reconocido de que se exprese y salga a la luz el signo. Signo de que a la intrépida clase que se lanzó antaño a tomar las Bastillas se le aflojaron las piernas. Signo de que se siente mortal. Signo de que se siente cadáver.

(...)

Nosotros no somos hombres de “o esto o aquello”. Para nosotros, el problema no está en una utópica y estéril tentativa de reduplicación, sino en una superación. No se trata de que queramos hacer revivir una sociedad muerta. Eso se lo dejamos a los aficionados al exotismo. Ni de que queramos seguir prolongando la actual sociedad colonial, la más pestilente que se haya podrido nunca bajo el sol. Lo que nos hace falta es crear –con la ayuda de todos nuestros hermanos esclavos– una sociedad nueva, rica en toda la potencia productiva moderna, cobijada en toda la antigua fraternidad.

(...)



No puede decirse que este burguesito no haya leído nada. Por el contrario, ha leído todo y todo lo ha devorado.

Solo que su cerebro funciona por el estilo de ciertos aparatos digestivos elementales. Filtra. Y el filtro no deja pasar sino aquello que sirve para cebar la buena conciencia burguesa.

Los vietnamitas, antes de la llegada de los franceses a su país, eran gente de cultura vieja, exquisita y refinada. Ese recuerdo hace sentirse indispuerto al Banco de Indochina. ¡Conecten el olvidador!

¿Esos malgaches, hoy torturados, eran hace menos de un siglo poetas, artistas y administradores? ¡Chist! ¡Cállense la boca! ¡Y el silencio se hace profundo como una caja fuerte! ¡Menos mal que quedan los negros! ¡Ah, los negros! ¡Hablemos de los negros! Bueno, pues hablemos.

¿De los imperios sudaneses? ¿De los bronce de Benin? ¿De la escultura shongo? Cómo no; eso nos distraerá de tantas sensacionales pacotillas como las que adornan tantas capitales europeas. De la música africana. ¿Por qué no?

Y de lo que han dicho, de lo que han visto los primeros exploradores ¡No de esos que comen en la mano de las compañías! ¡Sino de los Elbé, de los Marchais, de los Pigafetta! ¡Y de Frobénius! Eh, ¿saben ustedes quién es Frobénius? Y leemos juntos: “¡Civilizados hasta la médula de los huesos! La idea del negro bárbaro es una invención europea”.

El burguesito no quiere seguir escuchando. Sacude las orejas para espantar la idea.

La idea, mosca importuna.



4

Así pues, camarada, te serán enemigos –de modo sonoro, lúcido y consecuente– no solo gobernadores morbosos y prefectos sangrientos, no solo flagelantes colonos y banqueros golosos, no solo políticos lamecheques y jueces al portador, sino, de forma semejante y a igual título,

acibarados periodistas, académicos gotosos dolarizados de tontería, etnógrafos metafísicos y rugientes, teólogos fantasiosos y belgas, intelectuales cotorreros, engendros infectos del muslo de Nietzsche, los paternalistas, los besucones, los corruptores, los que dan palmaditas en el hombro, los aficionados al exotismo, los divisionistas, los sociólogos agrarios, los lisonjeros, los mistificadores, los impostores, los intrigantes y, en general, todos aquellos que, desempeñando su papel en la sórdida división del trabajo defensora de la sociedad occidental y burguesa, intentaban por vías diversas y por diversión infame desmembrar las fuerzas del progreso –a riesgo de negar la posibilidad misma del progreso–, todos secuaces del capitalismo, todos paladines declarados o vergonzantes del piratesco imperialismo, todos responsables, todos odiosos, todos negreros, todos en lo adelante deudores de la agresividad revolucionaria.

Y bárreme a todos los oscurantistas, a todos los inventores de subterfugios, a todos los charlatanes mistificadores, a todos los peritos de la jerigonza. Y no intentes saber si esos señores están personalmente bien o mal intencionados, si actúan de buena o de mala fe, si son personalmente, es decir, en su íntima conciencia de Pedro o Pablo, colonialistas o no, porque lo esencial es que su muy aleatoria y subjetiva buena fe, no guarda ninguna relación con el alcance objetivo y social del flaco servicio que nos hacen como perros de presa del colonialismo.

Y siguiendo el mismo orden de ideas, cito, a título de ejemplos (tomados a propósito de disciplinas muy distintas):

—De Gourou, su libro *Les pays tropicaux*, donde, en medio de apreciaciones justas, la tesis fundamental se revela parcial e inaceptable: que no ha habido nunca gran civilización que fuera tropical; que no ha habido gran civilización que no fuera de clima templado; que, en todo país tropical, el germen de la civilización viene y no puede venir sino de otro foráneo, extratropical, y que sobre los países tropicales



pesa, a falta de la maldición biológica de los racistas, cuando menos, y con las mismas consecuencias, una no menos eficaz maldición geográfica.

—Del reverendo padre Tempels, misionero y belga, su filosofía bantú considerablemente farragosa y mefítica, pero descubierta en forma muy oportuna, como por otros el hinduismo, para jugarle una mala pasada al “materialismo comunista”, que amenaza, según parece, con hacer de los negros “vagabundos morales”.

—De los historiadores o de los novelistas de la civilización (son la misma cosa), no de tal o cual historiador, sino de todos o de casi todos, su falsa objetividad, su chovinismo, su racismo solapado, su viciosa pasión por negar a las razas no blancas, especialmente a las razas melanesias, todo mérito, su monomanía de acaparar en provecho de la suya toda gloria.

—De los psicólogos, sociólogos, etcétera, con sus opiniones sobre el “primitivismo”, sus investigaciones dirigidas, sus interesadas generalizaciones, sus especulaciones tendenciosas, su insistencia en el carácter al margen, el carácter “aparte” de los no blancos, su negación, en aras de la causa —al tiempo que cada uno de esos señores apela, para acusar con toda suficiencia la endeblez del pensamiento primitivo, al más rotundo racionalismo—, su bárbara negación de la frase de Descartes, carta de universalismo: que “la razón (...) existe completa en cada uno” y “... que solo aparece de más o de menos en los accidentes, no así en las formas o naturalezas de los individuos de una misma especie”.

(...)

¡Que saqueen, que torturen en el Congo, que el colonizador belga le eche el guante a todas las riquezas, que mate toda libertad, que oprima toda rebeldía, vaya en paz, que el reverendo padre Tempels da su venia! ¡Pero cuidado! ¿Va usted al Congo? Respete, no digo la propiedad indígena (las grandes compañías belgas podrían tomarla como piedras en su camino), no digo la libertad de los indígenas (los colonos belgas podrían suponer propósitos subversivos), no digo la patria congoleña (quizá al gobierno belga no le parecería nada bien), yo digo: va al Congo, ¡respete la filosofía bantú!



Sería realmente insólito –escribe el reverendo padre Tempels– que el educador blanco se obstinara en matar en el hombre negro su espíritu humano propio, ¡esta única realidad que nos impide considerarlo un ser inferior! Sería un crimen de lesa humanidad, de parte del colonizador, privar a las razas primitivas de lo valioso, de lo que constituye un núcleo de verdad en su pensamiento tradicional, etcétera.

¡Cuánta generosidad, padre! ¡Y cuánto celo!

Así, pues, sepan que el pensamiento bantú es esencialmente ontológico; que la ontología bantú está asentada sobre las nociones verdaderamente esenciales de fuerza vital y de jerarquía de fuerzas vitales; en una palabra, que para el bantú el orden ontológico que define el mundo viene de Dios^{**} y, como decreto divino que es, debe respetarse.

¡Admirable! Con esto todo el mundo sale ganando: grandes compañías, colonos, gobierno; todos menos el bantú, naturalmente.

Como el pensamiento de los bantúes es ontológico, los bantúes no piden más que satisfacciones de orden ontológico. ¿Salarios decentes? ¿Viviendas confortables? ¿Comida? Les digo que esos bantúes son unos espíritus puros:

Lo que desean, antes que todo y por encima de todo, no es el mejoramiento de su situación económica o material, sino el reconocimiento por parte de los blancos y respeto a su dignidad de hombres, a su pleno valor humano.

En suma, un cortés saludo a la fuerza vital bantú, un guiño al alma inmortal bantú. ¡Y en paz! ¡Confiesen que sale bien!

En cuanto al gobierno, de qué se va a quejar, dice el reverendo padre Tempels con evidente satisfacción, si “los bantúes nos han considerado, a nosotros los blancos, y esto desde el primer contacto, desde su único punto de vista posible, el de la filosofía bantú”, y “nos han ubicado dentro de su jerarquía de seres-fuerza, en un escalón muy elevado”.

** Es claro que aquí atacamos no a la filosofía bantú, sino a la utilización que algunos, con fines políticos, tratan de darle.



Dicho de otra forma, hagan que a la cabeza de la jerarquía de las fuerzas vitales se coloque el blanco y especialmente el belga, y más especialmente aún Alberto o Leopoldo, y estará ganada la partida. Se obtendrán maravillas como esta: “el Dios bantú será fiador del orden colonialista belga y resultará sacrilego todo bantú que se atreva a levantar su mano contra este”.

En lo que respecta al señor Mannoni, sus consideraciones sobre el alma malgache y su libro, merecen que se le tenga en alta estima.

Sígasele paso a paso en las vueltas y revueltas de sus jueguitos de magia y se verá cómo nos demuestra, tan claro como el agua, que la colonización está basada en la psicología; que hay por el mundo grupos de hombres que padecen, no se sabe cómo, de un complejo que habría que llamar complejo de dependencia; que esos grupos están psíquicamente hechos para la dependencia que necesitan de la dependencia, que la postulan, que la reclaman, que la exigen; que ese es el caso de la mayor parte de los pueblos colonizados, en particular de los malgaches.

¡Maldito racismo! ¡Maldito colonialismo! Apesta demasiado su barbarie. El señor Mannoni tiene algo mejor: el psicoanálisis. Sazonado con existencialismo, los resultados son asombrosos: a los más maltrechos lugares comunes se les cambia la suela y quedan como nuevos; los más absurdos prejuicios se explican y legitiman; y, como por arte de magia, la gimnasia se convierte en la magnesia. Óiganlo mejor:

El destino del occidental comporta obligación de obedecer al mandamiento: “Dejarás a tu padre y a tu madre”. Esta obligación es incomprensible para el malgache. Todo europeo, en determinado momento de su desarrollo, descubre en sí el deseo (...) de romper sus lazos de dependencia, de igualarse a su padre. ¡El malgache jamás! No sabe de rivalidades con la autoridad paternal, de “protesta viril” o de inferioridad adleriana, pruebas por las que debe pasar el europeo y que son como las formas civilizadas... de los ritos de iniciación mediante los cuales se alcanza la virilidad (...).



¡Pero no se dejen intimidar por las sutilezas del vocabulario y las terminologías novedosas! Ya ustedes conocen la letanía: “los-negros-son-niños grandes”. La cogen, la visten, la emperifollan y el resultado es Mannoni. Se lo repito, ¡tranquilícense! A la salida puede parecerles un poco duro, pero cuando lleguen verán cómo se encuentran de nuevo con todo el equipaje. Nada va a faltarles, ni siquiera la célebre *carga del hombre blanco*. Así que escuchen:

Mediante esas pruebas (reservadas al occidental [A.C.]), se vence el miedo infantil al abandono y se adquiere libertad y autonomía, bienes supremos y también cargas del occidental.

¿Y el malgache?, dirán ustedes. Raza servil y artera, diría Kipling. El señor Mannoni diagnostica: “... el malgache ni siquiera intenta imaginarse semejante situación de abandono (...) No desea ni autonomía personal ni libre responsabilidad”. (Vamos, hombre, ustedes saben. Esos negros ni siquiera se imaginan qué es la libertad. Ni la desean ni la reclaman. Los que les meten eso en la cabeza son los agitadores blancos. Y, si se les diera, no sabrían ni qué hacer con ella).

Si le recordáramos al señor Mannoni que los malgaches, sin embargo, se han rebelado en varias oportunidades después de la ocupación francesa, e incluso últimamente, en 1947, el señor Mannoni, fiel a sus premisas nos explicará que no se trata más que de comportamientos puramente neuróticos, de una locura colectiva, de reacciones de amok; que, por otra parte, en estas circunstancias, no era cuestión para los malgaches de salir a la conquista de bienes reales, sino de una “seguridad imaginaria”, lo que indica a las claras que la opresión de que se quejan es una opresión imaginaria. Tan rotunda, tan demencialmente imaginaria, que no sería injusto hablar de una monstruosa ingratitud, de típico estilo fidjiano, que quema la tendera del capitán que le ha curado las heridas.

Que, si emprendemos la crítica del colonialismo que acorralla en su desesperación a las más pacíficas poblaciones, el señor Mannoni nos explicará que, después de todo, el responsable *no es el colonialista blanco*, sino los malgaches colonizados. ¡Qué diablos! ¡Tomaban a



los blancos por dioses y esperaban de ellos todo lo que puede esperarse de la divinidad! Que si encontramos que el tratamiento aplicado a la neurosis malgache ha sido un poco rudo, el señor Mannoni –él tiene una respuesta para todo– nos probará que las famosas brutalidades de que se habla han sido notablemente exageradas, que se trata de pura ficción... neurótica, que las torturas eran torturas imaginarias aplicadas por “verdugos imaginarios”. En cuanto al gobierno francés, se mostró al parecer singularmente moderado, porque se contentó con arrestar a los diputados malgaches cuando debía haberlos ajusticiado, si hubiera querido respetar las leyes de una sana psicología.

(...)

De ahí a declarar absueltos a los colonialistas ávidos de sangre no hay, por supuesto, más que un paso. ¡La “psicología” del señor Mannoni es tan “desinteresada” y tan “libre” como la geografía del señor Gourou o la teología misionera del reverendo padre Tempels! Y he ahí la cautivadora unidad de todo esto, la perseverante tentativa burguesa de reducir los problemas más humanos a nociones cómodas y vacías: la *idea* del complejo de dependencia en Mannoni, la *idea* ontológica en el reverendo padre Tempels, la *idea* de la “tropicalidad” en Gourou. ¿Qué se vuelve el Banco de Indochina en medio de todo esto? ¿Y el Banco de Madagascar? ¿Y el látigo? ¿Y el impuesto? ¿Y el puñado de arroz al malgache o al ñaque***? ¿Y ese dinero sangriento atesorado en vuestros cofres, señores? ¡Esfumados! Desaparecidos, confundidos, irreconocibles en el reino de los pálidos raciocinios.

Pero una desgracia pesa sobre estos señores. **Y es que la comprensión burguesa se vuelve cada vez más renuente a los primores de la lengua y que los amos están condenados a apartarse de ellos cada vez más para, cada vez más, aplaudir otros medios menos sutiles pero más brutales.**

(...)

*** (*Nhaque* del vietnamita “*nhà quê*”, que significa campesino o labrador). Así llaman, malentendiendo despectivamente al campesinado, los franceses a los pueblos de Indochina.



después de todo, hay que tomar partido y decirse, de una vez y para siempre, que la burguesía está condenada a ser cada día más impúdica, más someramente bárbara; que es ley implacable que toda clase decadente se vea transformada en receptáculo al que afluyan todas las aguas sucias de la historia; que es ley universal que toda clase, antes de desaparecer, deba antes deshonorarse completa, omnilateralmente y que, con la cabeza hundida en el estiércol, entonen su canto del cisne las sociedades moribundas.

5

Por cierto, el expediente es abrumador.

Recuérdese que históricamente fue bajo la forma del arquetipo feroz de un rudo animal que por el elemental ejercicio de su vitalidad esparce la sangre y siembra la muerte, como se reveló la sociedad capitalista a la conciencia y al espíritu de los mejores.

Desde entonces, el animal se ha debilitado, su pelaje ha escaseado, su piel se ha ajado, pero la ferocidad ha permanecido justamente mezclada con el sadismo. Hitler tiene anchas las espaldas. Rosenberg tiene anchas las espaldas. Anchas las espaldas, Jünger y los otros. El SS tiene anchas las espaldas.

(...)

La burguesía, como clase, está condenada, lo quiera o no, a cargar con toda la barbarie de la historia, con las torturas de la Edad Media y con la Inquisición, con la razón de Estado y con el belicismo, con el racismo y con el esclavismo, en resumen, con todo aquello contra lo cual protestó, y en términos inolvidables, en la época en que, como clase al ataque, ella encarnaba el progreso humano.



Los moralistas no pueden remediarlo. Existe una ley de *deshumanización progresiva* en virtud de la cual en el orden del día de la burguesía solo hay de ahora en adelante, solo puede haber ahora, violencia, corrupción y barbarie. Iba a olvidar el odio, la mentira y la suficiencia. Iba a olvidar al señor Roger Caillois.

(...)

¿Su doctrina? Tiene el mérito de ser sencilla.

Que Occidente inventó la ciencia. Que solo Occidente sabe pensar; que en los límites del mundo occidental comienza el tenebroso reino del pensamiento primitivo, el cual, dominado por la noción de participación, incapaz de lógica, es el prototipo mismo del falso pensamiento.

(...)

Quedan, por supuesto, algunos hechos menores que oponen resistencia, a saber: la invención de la aritmética y la geometría por los egipcios; el descubrimiento de la astronomía por los asirios; el nacimiento de la química entre los árabes; la aparición del racionalismo en el seno del islam en una época en la que el pensamiento occidental tenía una apariencia furiosamente prelógica. Pero esos detalles impertinentes,

el señor Caillois los despacha rápidamente con severidad y es el principio formal de "... que un descubrimiento que no forma parte de un conjunto" no es, precisamente, sino un detalle, es decir, una fruslería sin importancia.

Es obvio que, así impulsado, el señor Caillois no se detiene en tan bello camino.

Después de haber vinculado la ciencia, helo aquí reivindicando la moral. ¡Tenedlo en cuenta! ¡El señor Caillois nunca se ha comido a nadie! ¡El señor Caillois nunca ha imaginado acabar con un inválido! ¡Al señor Caillois nunca se le ha pasado por la cabeza la idea de acortar los días de sus viejos padres! Y bien, hela aquí, la superioridad de Occidente: "Esta disciplina de vida que se esfuerza por lograr que la persona sea suficientemente respetada como para que no se encuentre normal suprimir a los ancianos y a los inválidos".



La conclusión se impone: frente a los antropófagos, a los descuartizadores y a otros comprachicos, Europa y Occidente encarnan el respeto de la dignidad humana.

Pero pasemos de largo e insistamos, por miedo a que nuestro pensamiento no se extravíe hacia Argelia, Marruecos y otros lugares en los que, en el momento mismo en que escribo esto, tantos valientes hijos de Occidente prodigan a sus hermanos inferiores de África, con tan incansables cuidados, en el claroscuro de los calabozos, estas auténticas señales de respeto de la dignidad humana que se llaman en términos técnicos, “la bañera”, “la electricidad”, “el cuello de botella”. (...)

6

Valores inventados antaño por la burguesía y que esta lanzó a los cuatro vientos: uno es el del *hombre* y el humanismo –y hemos visto en lo que se convirtió–, el otro es el de la nación.

Es un hecho: la *nación* es un fenómeno burgués...

Pero precisamente si yo aparto los ojos del *hombre* para mirar las *naciones*, constato que todavía aquí el peligro es grande; que la empresa colonial es al mundo moderno lo que el imperialismo romano fue al mundo antiguo: preparador del *desastre* y precursor de la *catástrofe*. ¿Y qué? Los indios masacrados, el mundo musulmán vaciado de sí mismo, el mundo chino mancillado y desnaturalizado durante todo un siglo; el mundo negro desacreditado; voces inmensas apagadas para siempre; hogares esparcidos al viento; toda esta chapucería, todo este despilfarro, la humanidad reducida al monólogo, ¿y creen ustedes que todo esto no se paga? La verdad es que en esta política está inscrita la pérdida de Europa misma, y que Europa, si no toma precauciones, perecerá por el vacío que creó alrededor de ella.

Se ha creído que solo se abatían indios o hindúes o melanesios o africanos. De hecho se derribaron, una tras otra, las murallas más acá de las cuales podía desarrollarse libremente la civilización europea.

(...)



Y entonces, me pregunto: ¿qué otra cosa ha hecho la Europa burguesa? Ella ha socavado las civilizaciones, destruido las patrias, arruinado las nacionalidades, extirpado “la raíz de la diversidad”. Ya no hay más dique. Ya no hay más avenida. Llegó la hora del bárbaro. Del bárbaro moderno. La hora estadounidense. Violencia, desmesura, despilfarro, mercantilismo, exageración, gregarismo, la idiotez, la vulgaridad, el desorden.

(...)

Así que el peligro es inmenso...

De forma que si Europa occidental no toma ella misma la iniciativa de una política de las *nacionalidades*, la iniciativa de una política nueva fundada en el respeto de los pueblos y de las culturas, en África, en Oceanía, en Madagascar, es decir, a las puertas de África del Sur, en las Antillas, es decir, a las puertas de Estados Unidos; si Europa, digo, no galvaniza las culturas moribundas o no suscita nuevas culturas; si no se convierte en estímulo de patrias y civilizaciones, dicho esto sin tener en cuenta la admirable resistencia de los pueblos coloniales, simbolizados actualmente de forma clamorosa por Vietnam, pero también por el África de la República Democrática de Argelia, Europa habrá perdido ella misma su última oportunidad y se habra cubierto, con sus propias manos, con la sábana de las tinieblas mortales.

Lo que quiere decir, en resumen, que la salvación de Europa no radica en una revolución de los métodos, sino en la *Revolución*; la cual sustituirá, mientras esperamos una sociedad sin clases, la férrea tiranía de una burguesía deshumanizada por la preponderancia de la única clase que todavía tiene una misión universal, porque sufre en su propia carne todos los males de la historia, todos los males universales: el proletariado.



JOSÉ ROBERTO DUQUE

Nació en Carora en 1965. Escritor y “periodista de facto”. Término que se ha autoasignado con sarcasmo contra quienes solo consideran periodistas a los graduados en alguna escuela de Comunicación Social. A su paso por varios medios de información impresos (*El Universal*, *Diario 2001*, *El Nacional*, *Temas Venezuela*, *Pueblo en Revolución*, entre otros) publicó crónicas, análisis y reportajes en fuentes tan disímiles como hipismo, deportes, sucesos, farándula, espectáculos, ciudad y política. Trabajó en la televisora Ávila TV y la Agencia Bolivariana de Noticias (antes Venpres) como coordinador de información. Su obra bibliográfica incluye trabajos periodísticos (*Guerra Nuestra* –1999 y 2012–, *Vivir en frontera* –2004–); testimonios (*La ley de la calle* –1995–, *Del 11 al 13* –2007–, *Historias sobrevivientes* –2012–); cuentos y novelas (*Salsa y control* –1996–, *Tiempos del incendio* –2000 y 2014–, *No escuches su canción de trueno* –2014). Permanece en constante estudio de la realidad política del país y de la relación de esta con las de otras latitudes, contribuyendo, con un agudo tono, al desmontaje de falsas matrices mediáticas. Actualmente transmite desde los medios digitales *Tracción de sangre* y *Misión verdad*, de este último extrajimos el artículo que leerás a continuación.



ALGUNA VEZ FUIMOS DE MAÍZ (2013)

La escasez artificial de harina precocida y otros comestibles es apenas un efecto, un dato insignificante de un gigantesco crimen secular: el que nos arrebató la posibilidad de que todos produzcamos bienes y alimentos y le dejemos la tarea a masas esclavizadas.

El actual es una muestra microscópica, una maqueta muy pequeña, de cómo nos anuló el capitalismo como pueblo y como cultura, hasta llegar al momento inaceptable, triste y miserable en que un hijo de la gran puta, el segundo hombre más multimillonario de Venezuela, genera pánico y desasosiego con solo dar la orden de no distribuir en los puntos de venta la harina pan. Un sujeto que en su perra vida habrá tocado una maldita mazorca de maíz, nos ha hecho creer a nosotros, los inventores de la arepa, que sin la harina inorgánica esa que mientan “precocida” nos moriremos de hambre. **El disparate tiene su origen en un crimen originario, que fue separarnos del país que estábamos a punto de ser, y empujarnos a la imitación forzosa de un país industrial, urbano y cosmopolita que nunca seremos.**

Puede que echándole mucha bola y sacrificando mucha dignidad a ratos parezcamos neoyorkinos o parisienses, pero nosotros no somos parisienses ni neoyorkinos sino una caricatura de esas ciudadanías. Nosotros teníamos un país apegado a la tierra, a unas tradiciones, muchas de ellas españolas pero por cierto bastante nobles y tiernas, porque estaban dirigidas al vivir y no al enriquecer a un explotador; teníamos un país en el que la gente no tenía vergüenza de sembrar unas matas, levantar una casa y coser unas ropas, pero cuando estalló el *boom* petrolero y la orden de los dueños de nuestro petróleo fue emigrar en masa hacia las grandes ciudades y convertirnos en urbanos, empezaron a darnos asco todas esas cosas.





En 1929 se publicó una novela llamada *Doña Bárbara*, obra cuya metáfora esencial se nos ha impuesto como emblema de la venezolanidad: hay un ser salvaje por derrotar (el campesino feo, jediondo a humo y a monte, a sudor) y un Santos Luzardo que lo domina (el caraqueño blanco, bien vestido y mejor hablado que no olía a sudor sino a perfume) a punta de civilización y buenos modales. Menos de veinte años después Caracas pasó de trescientos mil a un millón de habitantes. El ciudadano de los años cuarenta todavía era un campesino pero estaba aprendiendo a vivir conforme a las normas y el ritmo de la ciudad; de esa época data la aparición en el habla popular de dos dichos lamentables: “Aquí, jodido pero en Caracas” y “Caracas es Caracas y lo demás es monte y culebra”.

Entre la *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos y la Venezuela protourbana de Medina Angarita un Luis Caballero Mejías inventó la fórmula de la harina precocida de maíz, y a los pocos años el derecho de masificar y explotar esta fórmula pasó a las manos de la familia de Lorenzo Mendoza. El negocio del año: cómo hacer desaparecer los vestigios de ruralidad para adaptarse a las necesidades del capitalismo industrial y comercial.

La arepa que no es arepa

Muchos venezolanos, más ingenuos que desinformados, creen que comiéndose una arepa en una arepera en lugar de una hamburguesa en cualquier hamburguesería les están siendo fieles de alguna manera a lo venezolano. Pero el éxito de la harina precocida de maíz es de la misma índole que el

de la hamburguesa: ambas son fórmulas que no le sirven a la gente sino al capitalismo.

En los años treinta del siglo xx, cuando a los genios de Roosevelt se les ocurrió la idea de preñar de rascacielos a Nueva York y otras ciudades para sacar a Estados Unidos. de la Gran Depresión (ser esclavo albañil se puso de moda, pues miles de hombres desempleados se lanzaban a la aventura de pegar bloques, vigas y cabillas por un sueldo miserable, mientras creaban megalópolis de concreto armado) cobró auge el objeto-alimento más exitoso de la centuria: el famoso emparedado, un truco tan sencillo como meter la comida dentro de un pan para efectos de la comodidad y el no tener que bajar setenta pisos de andamios para sentarse a comer (o evitar caerse por andar manipulando platos, cubiertos y vasos en esas altitudes). Mientras el acto de nombrar al emparedado (o sándwich o hamburguesa) obliga al honesto y correctísimo hecho de referirse al bojote completo, es decir, al pan y a lo que lleva adentro, con la “arepa” de harina precocida se nos ha empujado a una cándida y a la vez monstruosa trampa: uno dice “voy a comerme una arepa”, pero en realidad nadie va a una arepera pensando en zamparse la arepa sola. La arepa pelá y la arepa de maíz pilado sí fueron el bocado nacional por antonomasia y sí puede comerse sin relleno alguno, porque son de maíz y saben a maíz.

Pero la arepa de harina precocida no sabe a nada, así que hay que rellenarla con algo que le dé gusto y sentido. Contra lo que dice Empresas Polar, la arepa de harina precocida no es el plato nacional, la *vedette* de nuestra mesa, la novia esplendorosa, sino de vaina la muchachita que va atrás sosteniéndole el velo. Hace poco tuve una revelación en una casa en el asentamiento campesino La Chigüira, en Barinas. Después que hubimos comido la gente de la casa trajo el postre; era un plato con tres arepas para compartir entre seis personas. Estaban frías, pero mi media arepa me supo a gloria: por primera vez en mucho tiempo me estaba comiendo media arepa de verdad. Los anfitriones de esa casa (El Mono, Laura) son colombianos.



¿A quién le sirve una “arepa” así?

Lo que llaman “comida rápida” tiene la sospechosa virtud de ahorrarnos tiempo y esfuerzo, y ese es el mismo concepto que se le explota a la harina precocida. ¿A quién se le ahorra tiempo? ¿A usted? Póngase a ver: usted ya no tiene que sembrar, cosechar, sancochar, moler o pilar y amasar el maíz, pero ese tiempo que se ahorra no lo está invirtiendo en usted sino en cumplir con el requisito de la puntualidad. **El signo distintivo de la gente que sobrevive en capitalismo es la rapidez; cuando usted sale a las 12 y regresa a la 1:30 se siente satisfecho, no de haber almorzado sino de haberlo hecho antes de que el aparato o persona que le vigila el horario empiece a decir que usted es un irresponsable.** Como “el trabajo dignifica” y ser vago es una mancha horrorosa en su biografía usted termina dándole más importancia al trabajar que al comer. Pero el capitalismo ya pensó en eso y no va a permitir que usted se angustie: para eso creó la vianda o lonchera, ese ataúd contentivo de la “comida” que usted hizo a los coñazos la noche anterior o el fin de semana, y que, como a cualquier cadáver, la saca del congelador al crematorio (el horno microondas) y de ahí a la triste mesa dentro de la oficina, de donde no saldrá para evitar llegar tarde. ¿Y en la casa, qué? ¿Y mi arepita casera? Ahí tiene el tostiarepa, un artefacto diseñado para que ni siquiera tenga que tomarse el trabajo de acariciar la masa y de lubricar el budare. **Cierto que todos o casi todos terminamos aceptando y naturalizando este ritual inhumano y vejatorio; una sociedad que le da más importancia al trabajo que a la comida es una sociedad de esclavos. ¿Usted de verdad necesita esa forma de vida? No: la necesita la empresa, ministerio, fábrica o maquila donde le exprimen su fuerza de trabajo.**



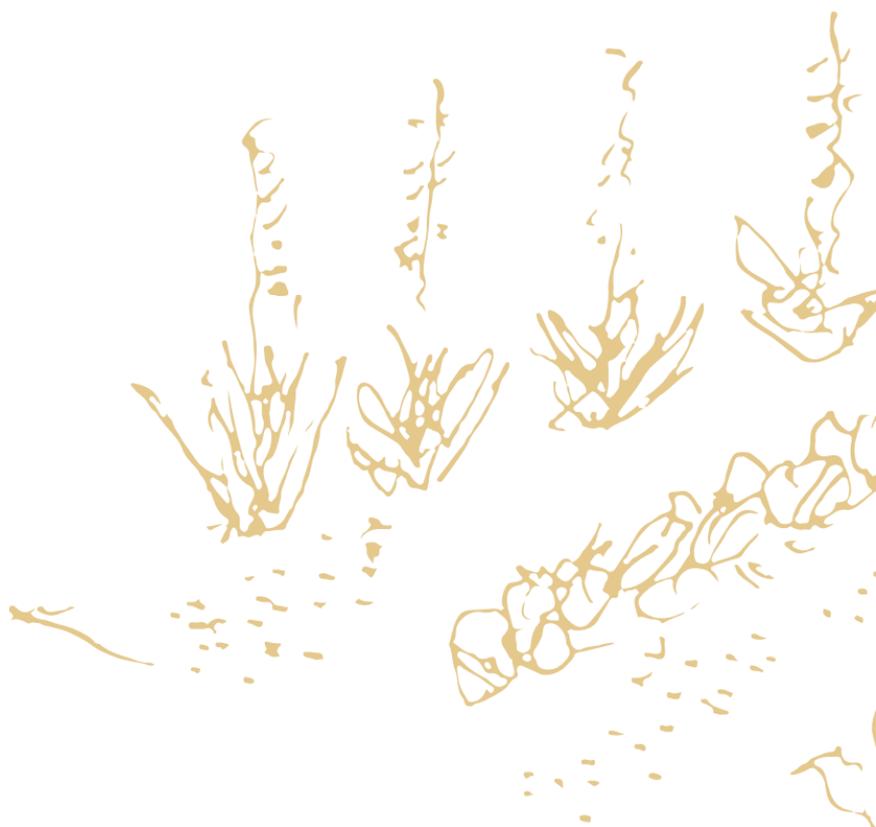
El resto del crimen

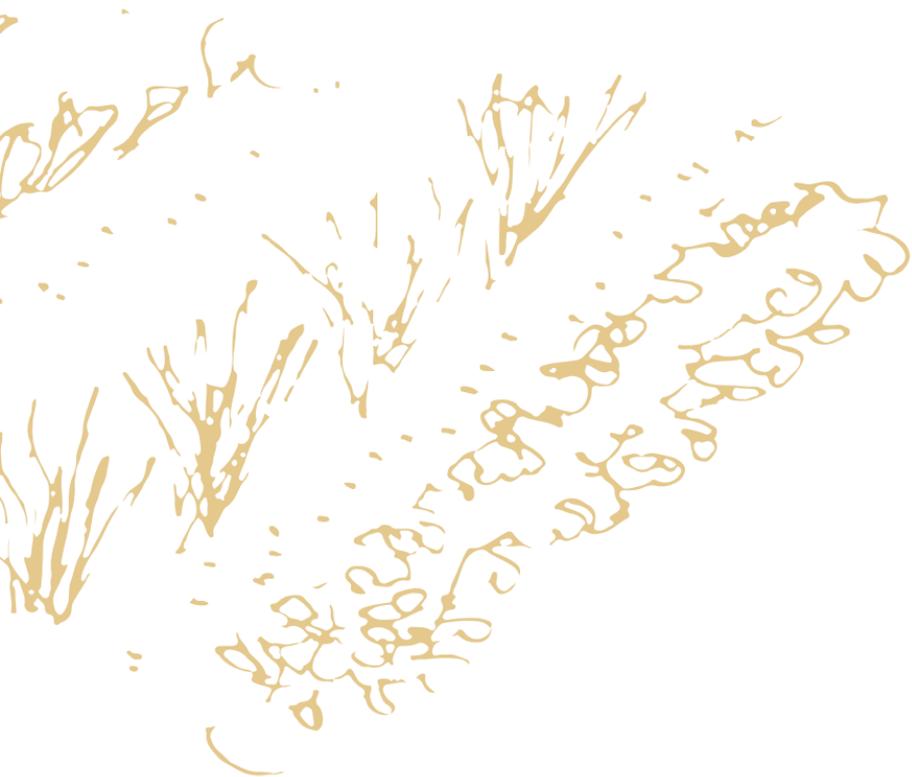
El crimen que nos despojó de nuestra cultura en formación tiene muchos rastros y señales; la clave gastronómica es apenas una de ellas. Así como los agroindustriales nos convencieron de que el conuco es prehistórico, cochino, chabacano e indigno, esas y otras hegemonías nos han inculcado el asco, el desprecio y el temor a las casas de barro (para vendernos cemento), a la caza y la pesca como cultura cinagética (para vendernos carne de vaca), a la posibilidad de hacer con nuestras manos lo que en capitalismo hacen los esclavos. Y así, nos enseñaron también a detestar nuestros olores corporales (oler a ser humano es oler a mierda: usa jabón y desodorante), nuestro color (tintes, maquillajes), nuestra forma de hablar (diccionarios, cursos y policías del lenguaje “correcto” como lo hablan y escriben los españoles), nuestra música. Cuando Chávez propuso llenar las azoteas de los edificios de sembradíos y gallineros verticales la reacción generalizada fue de asco, risa y pena ajena, porque para unos seudocosmopolitas acostumbrados a la sifrina idea de que solo se puede ser gente si se es profesional o intelectual, está bien el orden que divide a la humanidad en esclavos (pobres), amos (ricos) y parásitos (clase media). ¿Para qué enseñar a mi hijo a hacer casas si ya hay niños de su edad, hijos de esclavos albañiles, que se la harán en el futuro? ¿Para qué enseñarlo a sembrar si ya hay hijos de campesinos condenados a no saber hacer otra cosa sino regar unas plantas de las que no van a comer porque le pertenecen a la agroindustria? ¿Para qué enseñar a mis hijos a hacer una mesa o silla o casa si esas cosas ya las venden hechas, y de polietileno? ¿Para qué enseñarles a hacer zapatos o pantalones, si cuando sean profesionales van a poder ir a Zara? ¿Para qué enseñarles a tocar un cuatro o una bandola si por una módica suma aportada por el Estado puede aprender a tocar violín o corno francés, cosa que da más caché y es más currrrrta que andar tocando tambores? De esto, y no de otra cosa, está hecha



la afrenta del empresario bobo empresario (uno llama “bobos” a quienes nos someten y nos aplastan a nosotros los vivos, y de paso se enriquecen con ello, ustedes me entienden) que nos convenció de que la comida solo es comida si se compra y se vende masivamente.







Índice

5 Desaculturémonos
Joel Rojas C.

7 ESTÉTICA DEL SUEÑO (1971)
Glauber Rocha - Brasil

13 NO SOY UN ACULTURADO (1968)
José María Arguedas - Perú



17 NUESTRA AMÉRICA (1891)
José Martí - Cuba

29 DISCURSO SOBRE EL COLONIALISMO
(1955) / (fragmentos)
Aimé Césaire - Martinica

51 ALGUNA VEZ FUIMOS DE MAÍZ (2013)
José Roberto Duque - Venezuela









Se terminó de imprimir
en enero de 2015
en Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas - Caracas.

La edición consta de 3.000 ejemplares.

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve/mppc/

twitter: @perroyranalibro

facebook: editorialelperroylarana



9 789801 429401



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



juventud
BICENTENARIA